

Y tú, ¿quién eres?

Luz Aurora Pimentel

Lear: Who is it that can tell me who I am?

Fool: Lear's shadow.

Lear: I would learn that...

(SHAKESPEARE)

A veces quisiera poder ser otra para dejar de ser ninguna. Mientras tanto, soy una sombra. Eso, claro, como dice el viejo Lear, me lo tendría que aprender. El problema es que no es fácil acomodarse a su sombra porque depende tanto de la luz, y la luz... Bueno, en todo caso es algo que está y no está, y una no puede supeditar *su ser* al *estar* sin desquiciarse. Mejor partamos de la raigambre más firme de la identidad social; tan sencillo como llenar un formulario, un *machote*, como decimos en México (sin ninguna intención irónica, ni siquiera de autoconocimiento): nombre, edad, sexo y condición... para empezar, desde luego, porque el inventario se puede multiplicar *ad infinitum*. ¡Ay, qué alivio! Soy un abanico, un entramado, un árbol de Porfirio. Bueno, eso ya está mejor que la sombra, y aunque sea de Porfirio, se lo confisco para mis propias ramificaciones. Una identidad arborescente, cada entrada se subdivide, como en los pasaportes: estatura, peso, complexión, color de ojos y todo eso. A nuestra disposición un emocionante juego de cartas para construirmos innumerables castillos del ser: acta de nacimiento, credencial de elector, del INSEN, de la UNAM, de la UAM, del ITAM, *wham pam bam, thank ye ma'am*; del IMSS, del VIP'S o del ISSSTE (aunque sea triste, como hacer cola para el café, el hospital o el funeral); cédula profesional, pasaporte (aunque nunca pueda una pasar a ningún lado sin pagar el importe de toda suerte de impuestos); licencia de conducir, RFC de buena conducta, todo ello conducente a una transparente identidad; cartilla, para que se la lean a *uno*, a condición de ser del sexo correcto, claro está,

y lo malo es que *una* nunca es del sexo correcto; tarjeta de circulación, circulación sanguínea bien identificada como RH positivo o negativo, sangre universal... ¡Póker de identidad! ¡Gané! Podríamos incluso internacionalizarnos, tener *carte d'identité*, *green card* y toda suerte de abigarrados bichos de filiación. Así, en el yunque de la vida social se ha martillado cuidadosamente la laminilla de nuestra identidad. Con todo, tampoco acaba una de adaptarse a ella. Es como la sombra, no tiene peso, ni sustancia, ni espesor. Cocinemos otro platillo que tenga mejor sabor; por lo menos el del ensueño... Sí, claro, ¡el nombre!

Nomen atque omen. Caray, no hay como un latinajo para darle sentido y orientación a la vida: *en el nombre está el destino*. La pobre ingenua de Julieta cree que el nombre no importa "*What's in a name?*" Vaya, ¿cómo de que *what's in a name?* ¡Pues todo está en el nombre! Ciertamente toda la monserga social, los estigmas y los prestigios, el pleito con la herencia y los pleitos por la herencia. Total que en el nombre habrá siempre, por lo menos, una querencia. No en vano Rulfo inventó una Dolores *Preciado*; porque vive una en el dolor eterno de ser apreciada o despreciada por el nombre. Nombres prestados o heredados; nombres leves como la indistinción, pesados como lápidas, largos como cadenas, inflados como globos; nombres españoles, anglo-hispanos, galo-hispanos, hispano-irlandeses O'Farrill, O'Donójú (*who?*), Corcuera y Limantour, Sotomayor y Sotomenor, Lópezalgo y Péreztodo; nombres con artículos definidos, conjunciones y preposiciones, combinados hasta los límites de los bits que acepte la computadora: Pimentel y Anduiza María de la Lu... Largos, sin sentido, mutilados: una identidad computada.

Cargamos en el nombre todos nuestros penares; con ellos nos bamboleamos bajo el peso intolerable o "la insoportable levedad del ser". Y tampoco se acomoda una bien a bien al nombre. Siempre acecha la sombra; si me dicen Aurora, no me siento yo porque ésa es mi madre; si me dicen Luz, el extrañamiento salta hasta la otra generación. Soy dialéctica, o metafórica, surjo del choque de dos generaciones y soy esa tercera: Luz Aurora.

Mis apellidos también esconden posibilidades alucinantes, y más cuando salgo del país. Despierta entonces su origen vegetal (¡ah, soy un maravilloso *locus amoenus!*). Fuera del país, nadie me concibe con "e", he de ser por fuerza un *pimental* todo un campo de pimientos, a decir de María Moliner. La identidad me pica y se me expande en el extranjero. En Canadá, por ejemplo, me hicieron descubrir en lo profundo de mi ser

nominal posibilidades de identidad judía que jamás habría imaginado. Una mañana, la "h" fatídica de Cortázar, como varita mágica, se deslizó entre las líneas de un periódico universitario para tocar mi nombre y convertirme en otra: "La distinguida Dra. Pimenthal..." Sí, bastó esa "h", con morfología de cincel, para esculpir de nuevo mi nombre, darme otra forma, hacerme sentir no sólo otra, sino hasta "distinguida" y, tal vez, pariente secreta o incluso heredera de algún Rosenthal o Blumenthal. Pero con el regreso al pasaporte y al país se desvaneció la "h", y con ella la judía que nunca seré. Como carroza de Cenicienta, también la "a", junto con los vastos campos de pimientos, volvió a su reducida condición calabacienta de "e".

Pimentel Anduiza: debería yo ser un sabroso platillo, bien condimentado, porque Anduiza es un nombre vasco que significa *pastizal*, nutricio ingrediente para una buenísima ensalada, y con tanta pimienta, debería yo estar, a estas alturas de la vida, muy bien sazonada. ¡Qué va! Qué *nomen atque omen*, ni qué ocho cuartos; no, soy más bien anodina. Finalmente logré ocultar mi sabor tras la entelequia académica en la que me convertí al correr de los años.

Luego me digo que tal vez la sombra se disipe en el sexo; eso siempre es más concreto, amén de excitante, los placeres de la carne y todo eso, y qué más tangible que la carne. Pasamos así al siguiente recuadro y hay que escoger. En efecto, no queda más remedio que una elección, habrá que cruzar la "F" que nos ofrece el machote, como una de sólo dos opciones. Qué contradicción, optar por el "femenino" del "machote", casi un símbolo, una alegoría de la condición humana. Pero no quepo en los barrotes de la "F", nunca he cabido. De hecho, siempre he ocupado más lugar en el espacio del que yo quisiera, y en las casillas del sexo nunca me he podido arrellanar a gusto sin luego querer andar saliéndome y a otra cosa mariposa. Ha habido épocas en las que ni a sexo llego; capaz que soy uno de esos imbunches de Donoso. Pero lo que sí sé es que desde siempre, al despertar no soy más que un haz de sensaciones, una conciencia reticulada que palpita en púrpura detrás de los párpados soñolientos.

Mas el ser y la conciencia también tienen infinidad de pliegues y en todas las épocas, sexuadas o no, la red se repliega en alguna opción, en alguna edad. Y esos recovecos hacen de todos los años una simultaneidad que se siente en la piel, y de todas las sensaciones una trama ubicua en el tiempo y en el espacio. Sobre todo cuando estoy enamorada; me duermo

y me despierto con la imagen del(a) amada(o) arañándome las entrañas, la garganta y el sexo —en ese (des)orden— y entonces la conciencia se me expande en un suspiro y el alma se me ilumina, como si después de haber "hilvanado los oscuros ojos de la noche" hubiera llegado a un claro del bosque al amanecer. Aunque, cuando no me hacen caso, el desamor se me clava en los bronquios y entonces me duele la soledad como una neumonía. Y si por ventura llegara en esos momentos algún reportero de aquella revista que hace del interrogatorio su identidad y su motivo publicitario, si desde la arrogancia de su juventud que se desperdicia en el cultivo de una belleza de portada, de pronto me espetara aquello de que "y tú, ¿quién eres?", me echaría a llorar y le diría que soy enamorada, que no puedo pensar en otra cosa y que, por lo tanto ¿no puedo *ser* otra cosa? Pero luego también me da por ser madre y tampoco puedo pensar en otra cosa, y entonces no me aguantan ni mis semejantes ni mis diferentes, pues no hablo más que de mi hijo y ando por la vida con su foto pegada en los labios ("Tu retratito lo traigo en mi cartera y lo he de ver, y lo he de ver y lo he de ver..." Paréntesis válido también para la promoción *enamorada*).

¿Qué seré? ¿Todo? ¿Nada? ¿La sombra de lo uno mientras lo otro me ocupa entera? Lo que sí, clavada y de seguro, es que soy monomaniaca apasionada, y todas mis monomanías (que juntas conforman una plurimanía) ya sea en sucesión, alternancia o superposición, desde luego no caben en la susodicha "F", aunque le torciera los barrotes y les hiciera una extensión. También, sin lugar a dudas, soy confesional, y aun cuando me digan que debería darme vergüenza, pues no me da porque me aferro a ilustres antecesores para sentirme más segura: allí están San Agustín y Rousseau, y hasta Proust, mi favorito, aunque él es confesional de clóset. Pero, en fin, hay para todos los gustos. Y Proust es mi favorito porque ha poblado la interioridad de formas precisas, individuales como personas, fascinantes y diversas como un mundo, nítidas aunque habiten las sinuosidades de la conciencia; de tal suerte que al abrir la puerta del clóset siempre me encuentro conmigo misma renovada.

Es por eso que cuando leo, y especialmente cuando leo a Proust, soy ese yo. El mundo del otro que dice yo y acaba siendo yo desrealiza al supuestamente mío, el cotidiano, en el que me muevo, trabajo y lleno formularios como éste. Soy entonces lectora; lectora del otro, de mí misma. Y aun en este momento, mientras escribo, soy enteramente la que escribe; unos rasgos, unas líneas que se cruzan y me buscan: un proyecto

de sombra. Ven, hermoso joven de poliéster, pregúntame otra vez "y tú, ¿quién eres?", para poder responderte con orgullo, certidumbre y un dejo de superioridad que se dibuja en ese labio superior sonriendo a medias, en ese dedo meñique elevándose, digno, muy por encima de las multitudes digitales: "Y bien, sí, soy escritora. Ya puedes entrevistarme..."

Mas una vez terminada la sesión y la ilusión de ser alguien con toda seguridad, se asoma entre los pliegues de la conciencia esa pregunta que no quita el dedo del renglón (aunque sea el meñique enaltecido): "¿y todo esto qué tiene que ver con la 'F'?" Bueno, todo y nada. Habría que insistir que, finalmente, una escribe con la libido, que pare y amamanta con la ídem; que, después de todo, la pobre Yocasta no puede quedarse totalmente en silencio el tiempo que dure la lectura de la vida; que hay que abrir el clóset para salir de él repoblada; que ser lectora es habitar todos los mundos, todos los sexos. Bien sabía Rimbaud de la anarquía del yo, de los géneros y las personas en promiscua y agramática contigüidad. *Je est un autre*. Yo sólo puede conjugarse en tercera persona y hacer concordancia con todos los géneros. Yo se mira en la superficie reflejante del verbo del otro, porque el poeta no dice "yo soy otro" sino "yo es otro". Y tú, ¿quién soy?

Between the conception
 And the creation
 Between the emotion
 And the response
 Falls the Shadow...
 (T. S. Eliot)

¿Pero, qué es esto? ¡Apenas me voy dando cuenta de que me he saltado la casilla de la edad! Sí, ya lo veo venir, me van a echar encima todo el peso del estereotipo: que soy como todas las mujeres, que no puedo ni quiero decir mi edad. Pero, no, juro que no es eso; después de todo ya he dicho que soy confesional, ¿no? ¡Cómo no iba yo a decir mi edad! Lo que pasa es que una no se puede pensar en el tiempo sin caer irremisiblemente en manos del temible enmascarado, "La Sombra". Y aun así, habrá que hacerlo. Pero ¿cómo pensarse en el tiempo y seguir siendo cómodamente reflexiva? En pocas palabras, ¿quién soy habiendo sido? Claro que siempre podría yo echar mano de las argucias aritméticas de Lear, decir que el problema no es el medio siglo, que con "Imédia" medio se disfraza, y más, que con unas mascarillas de altísima calidad y un *face lift* muy bien hecho hasta se podría crear la ilusión de un cuarto.

Pero no, es inútil, la aritmética no puede salvarme de las otras que (no) he sido. Desde el fondo de los sueños destilados en la memoria, me miran unos ojos oscuros tras una espesa cortina de cabellos ondulados, aún más negros, largos hasta la mitad de la espalda. Es triste y solitaria y, por lo mismo, algo me diría hoy si no fuera por su arrogancia, por las extrañas ideas que tiene según ella, aquí nada sirve y todo lo que vale la pena, hasta las películas, sólo puede venir de Inglaterra. Quiere ser fatal, con todo y que se esconde tras la cortina de cabellos. Aunque más bien *está* fatal la pobre. Como en una secuencia mal enfocada y peor encuadrada, la veo en un antro sórdido; desde las alturas de su infinita soberbia, le dice indignada a una mujer madura que la mira con piedad, que no se meta en lo que no le importa, que ella sabe lo que hace. La de cabellos largos, la del desdén en la memoria, se me desdibuja en el sentimiento, y, en cambio, hoy me parece más próxima la otra, anónima y desconocida; aquélla que me decía con un fondo de angustia mal disimulada en el que quizá resonara su propia desesperanza, "pero, criatura, ¿qué haces aquí?" Y sin embargo, es de la otra, la joven fatal, de quien estoy obligada a sentirme más cercana puesto que soy fui yo. Pues será, pero por más esfuerzos que hago, no me la siento; me es más bien antipática. Se me desvanece en la oscuridad, lejana como una invención. ¿Y la que estuve enamorada del abarrotero español? A ésa la siento un poco más cerca, aunque esté más lejos en el tiempo, tal vez por la emoción. Después de todo, estar perdidamente enamorada siempre se siente igual. Pero lo que es al abarrotero español, a ése definitivamente no lo concibo. Ya ni siquiera es verosímil, como tampoco lo es la química que acabé por no ser. Y aquélla que quería estudiar medicina, que se quería especializar en neurocirugía, ¿qué se habrá hecho? Aunque he de confesar que la misma pregunta me la hago con respecto de amigos a quienes querría ver con mucho más gusto que a la aprendiz de neurocirujana. ¿Qué se habrán hecho todos, todas?

Yos, otras, otros: un desfile de sombras me habita, menos sustanciales que las vagas formas del sueño de anoche. A pesar de que me es igualmente antipática, conozco mejor a la Mme. Verdurin de Proust que a aquella desdeñosa, y me conmueve mucho más Lydgate, el médico de *Middlemarch*, que la neurocirujana fallida. Lydgate y la Verdurin tienen más consistencia dentro de mí, conozco sus vidas y sus motivaciones secretas mucho mejor de lo que nunca conocí a las otras. La paradoja es que sin ellas no soy nadie, que pensarme en el tiempo es pensarme en

ellas y en todas las otras que he sido y no pesan más que una fotografía borrosa que ya ni siquiera traigo en la cartera. ¿Quién hay que pueda decirme quién soy?

¿Y acaso algún día seré alguien para quien este mi muchachito, aquí y ahora, se le antoje casi un sueño, como lo es hoy el bebé recién nacido de hace nueve años? Y, al mismo tiempo, ¿cómo se explica que hoy me sienta ser más de lo que nunca fui, puesto que soy la suma de todas las sombras en las que me he desvanecido? ¿Y cómo es que, a pesar de la oscuridad, se han ido multiplicando los goznes que me articulan con el mundo?

Between desire

And the spasm...

A veces me gusta pensar que hay dos caminos para mirarme y pensarme en el tiempo. Uno es exterior: del espejo hacia adentro todo se me hace discontinuo, todo en mí me disgusta. Ahí, como en un palimpsesto, puedo leer otros rostros tras las líneas superpuestas y las gruesas capas de poros que, como piedra caliza, se le han *ido* aplicando al que veo reflejado. Como cuña litigiosa, se me ha clavado una arruga entre las cejas; otras se me pliegan en la comisura de la boca y alrededor de los ojos cuando me río. Contradictoriamente, tras la mascarilla pétreo de los años, aún se adivinan, a veces, las mejillas sonrosadas, ligeramente velludas, de una tal Lucerito a la que todos los tíos, tías, madrinas y padrinos le andaban siempre pellizcando los cachetes y le decían "duraznito".

No, del espejo hacia adentro, la serie se multiplica hasta el vértigo, más allá de toda posibilidad de reconocimiento en el corazón. Prefiero pensar en el otro camino, el interior, el que comienza en el vórtice del haz de sensaciones que los años han multiplicado y puesto a girar, aquél que *termina* en el espejo. Así, al final de este segundo camino, el reflejo ya no importa, pues a través del sentimiento, como vehículo translúcido, logro conectarme con mi propia oscuridad y con el mundo; sólo esa conexión me da forma y sentido. En estos parajes interiores es posible reconocer y mantener una identidad en y por el sentimiento, en y a pesar de los vertiginosos cambios que el tiempo y los diversos espacios de mi vida han operado en mi cuerpo, en mi pensamiento, en mis circunstancias y hasta en mis inclinaciones. Reconocer un sentimiento como el mismo de hace veinte, treinta o cuarenta años es, verdaderamente, un pasmo. Un *lied* de Strauss, hoy, despierta emociones esencialmente idénticas a las que convocaba una canción de Johnny Mathis hace treinta y tantos años.

Y hoy, como hace ya tanto tiempo, las entrañas de los árboles hablan en secreto con las mías y despiertan el anhelo de un abrazo arborescente. Han ido cambiando los objetos y los espacios en los que se ha volcado mi vida pasional, pero no la pasión.

Me siento unida a las raíces del mundo, me puedo multiplicar, conformar y transformar en la imagen que de él me he hecho. Y es por ello que me puedo reconocer como la misma en el sentimiento y verme crecer en aquellos objetos, en aquellos otros en los que mi alma ha resonado, en los que he encontrado la imagen, la forma de mis afectos. Porque el mundo está lleno de espejos: un amigo, un amante, un libro, una sonata, una canción... En la amistad profunda, de manera muy especial, o en el amor, existe la posibilidad, aunque remota, de mirarse en el otro como *otro*, de crecer, de ir dibujando a través del diálogo y la vida compartida una imagen de uno mismo, corregida, modificada y complementada por la imagen que el otro tiene de nosotros. Así se va modelando un yo imaginario que tiene sus raíces en el otro como fondo de contraste.

Mas el objeto no lo es todo, hay que construirse un facsímil espiritual que sólo puede ser y madurar en el tiempo interior; hay que estar preparada para ir a su encuentro ("*ripeness is all*"). Proust hace treinta y tantos años habría sido un fárrago voluminoso e indescifrable para mí. No, no es posible, ni creíble, como lo querría la Duquesa de Guermantes, incorporar la obra de un Frans Hals en la vida de la imaginación con tan sólo poner sus cuadros en secuencia sobre la plataforma de alguna estación ferroviaria, mientras pasamos sobre ellos la mirada apresurada del tren banal de nuestras vidas. Para llegar al encuentro con el universo del pintor se necesita un trabajo espiritual lento, laborioso, y, por lo tanto, *tiempo*, porque el encuentro sólo puede darse dentro de nosotros mismos. Pero cuando ocurre, es posible vivir intensamente esa rarísima coincidencia entre el deseo y el mundo, entre el afecto y la imagen precisa que le da forma. Es esto lo que hace fructificar al sentimiento, a la imaginación, lo que constituye el milagro cotidiano de la vida espiritual y afectiva. Son hallazgos de la vida interior, cuando uno siente haber encontrado, como diría Yourcenar, el gozne que articula nuestra voluntad al destino.

Habría que insistir que la identidad se desdobra en infinidad de meandros que hacen de nuestra conciencia un abanico de simultaneidades, y si al pensarme en el tiempo a veces no me reconozco, en el tiempo

he madurado para ir al encuentro de mi otro yo en el amor, en la música o en la palabra del poeta. No sé bien a bien quién soy, nunca lo he sabido, tampoco lo que fui. Más por aquellos momentos privilegiados, efímeros como una revelación, en los que nuestra voluntad se articula al destino, en los que parecen coincidir el deseo y el mundo, ¡cuánto me gustaría volver a ser para poder ser!

Se oye en lo profundo rumor de quebradura.
De la nieve de añicos brota un deseo,
azul y frágil como flor de primavera.

Quisiera comenzar todo de nuevo,
como si fuera de mañana y el aire
y la tierra
estuvieran llenos de rocío.

Quisiera enamorar al tiempo,
ovillar en el corazón,
para luego desmaderarlo lentamente al sol,
como si tuviera todo el día por delante.

Paladear las palabras
como si estuvieran recién horneadas;
con ellas alimentar el alma,
acariciar el cuerpo y arrullarlo con ritmos nuevos.

Buscar palabras irisadas,
finas como hilos de seda,
para tejer mi crisálida
para teñir mis alas de esperanza.

Pero no es de mañana,
ni tengo todo el día por delante,
ni nunca el tiempo se ha dejado enamorar de nadie,
ni nada puede ya tejerse
de las oscuras madejas de los años.